



regla de la sustitución enunciada por el gran Juan de Valdés, si colocamos el término chapuza en lugar de las famosas palabras cumbre manejadas como interpretaciones brillantes, comprobaremos que nada cambia en los razonamientos. España invertiblada, inacabada, aislada, intuitiva, mezclada, improvisada, desmembrada, híbrida, apasionada, castiza, diera... *España chapuza*, para ser precisos, y con la venia de Ortega, Unamuno, Castro, Marañón, Albornoz, et allii.

Y si de las glorias intelectuales descendemos a los llantos numerosos de ahora mismo, el truco resulta apabullante. No creo que exista en el diccionario otra palabra más matemática que la de chapuza para adjetivar la transición a la democracia, la redacción del texto constitucional, los programas de los partidos, la estructuración de las autonomías, el intento de Tejero y compañía, el consenso que no cesa, esa retórica siniestra de la disuasión permanente, de

tan útiles resultados para favorecer el continuismo y lograr el anonadamiento de la pluralidad, el problema de la investigación científica, la enseñanza, el parcheo económico, la dependencia tecnológica, la defensa del consumidor, la colza, las centrales nucleares, la ecología, la ley electoral, las crisis gubernamentales, RTVE, la televisión privada, la LOAPA, la ley para la defensa de la democracia, el juego de la OTAN y un montón de puntos suspensivos políticos, sociales, económicos y culturales que cualquiera puede llenar en honor a sus innegables cualidades de chapuera, pasteleo, atropellamiento, tosquedad, barullo, fulería, parcheo, remiendo, provisionalidad o *bricolage*. Hasta el punto de que leyendo lo que por ahí se escribe o sermonea del momento es muy difícil precisar si vivimos en un constante estado de chapuza o bajo una chapuza de Estado. Asunto que también explica satisfactoriamente esos ramalazos de genialidad que deja boquiabierto al mundo, como por

ejemplo el haber llegado sanos y salvos aquí, a 1982, contra todo pronóstico y sobre todo, contra toda esa literatura pesimista que no calla desde el siglo XVI. Un ramalazo, o sea, como los del Quijote, la picaresca, Goya, la mística o Picasso, de los que confirman la regla de la excepción nacional.

## El pensamiento salvaje

Pero si en el terreno de la *empiría* la hipótesis de la chapuza es competitiva con todas las demás; de idéntica categoría «científica» que cualesquiera de las famosas dominantes, agobiantes, incluso 100 veces menos metafísica si hacemos excepción de la de *cochambre*, en el plano de la *teoría* antropológica arrasa, dicho sea sin modestia alguna. Porque la chapuza es una actividad que no pertenece al universo de la ciencia moderna, sino de la primitiva, que se sitúa entre la historia y la prehistoria, más próxima de la mentalidad prelógica que del pensamiento industrial. No es casualidad que Levi-Strauss hay utilizado la tercera acepción de chapuza —o sea, el *bricolage*— para ilustrar brillantemente su teoría de la distinción entre el conocimiento mitico y el científico. Según Levi-Strauss, el *bricoleur* o *chapucero* es un ser capaz de ejecutar un gran número de tareas diversificadas; pero a diferencia del ingeniero, «no subordina ninguna de ellas a la obtención de materias primas y de instrumentos concebidos y obtenidos a la medida de su proyecto; su universo instrumental está cerrado y la regla de su juego es siempre la de arreglárselas con *lo que uno tenga*». Es decir, emplea materiales finitos, heteróclitos, de segunda mano u ocasionales; manejando los residuos de construcciones y de destrucciones anteriores, «construye sus palacios ideológicos con los escombros de un antiguo discurso social». No tiene un proyecto definido el chapucero, de ahí la aleatoriedad de su instrumental, la continua improvisación y experimentación y de ahí también que no tenga necesidad de un equipo y de los saberes acumulados por la civilización. Es la suya, por tanto, una actividad *mitopoética*, y como ocurre con la reflexión mitica, a veces puede alcanzar en el plano intelectual resultados brillantes e imprevistos.

«Se sentiría uno tentado a decir —continúa Levi-Strauss— que (el ingeniero) interroga al universo, en tanto